

¿Qué esperar en la nueva correlación de fuerzas?

Fernando Carmona*

Un resultado electoral incierto

Nadie puede dudar sobre la singular trascendencia de las elecciones de 1994, de cuyos resultados depende en gran medida el rumbo económico y social del país hasta el fin del siglo. La situación económica nacional, tras de doce años de políticas aperturistas y privatizadoras, es dramática; son ahora mayores, acaso desde el Porfiriato, la concentración de la riqueza y el ingreso, el desempleo y la desigualdad regional, y mayores que en toda la historia de México, los déficits de la balanza comercial y en cuenta corriente, los niveles de transnacionalización y monopolización, y la dependencia *estructural* de nuestra economía. En cambio, la tasa de crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) total y por habitante (pese al menor aumento demográfico actual) es la más baja desde la Gran Depresión de los años treinta.

Permanecen sin solución problemas agravados por la hondura de la exclusión de millones de trabajadores, la desnutrición, la insurrección de los indígenas de Chiapas, las carteras vencidas en el campo, la destrucción de recursos naturales y la contami-

* Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Económicas y Emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México.

nación ambiental, la emigración de trabajadores “indocumentados” a Estados Unidos, la degradación de la infraestructura urbana y rural y de los servicios públicos, la disminución del coeficiente de ahorro interno y de la tasa de inversión, no obstante la enorme masa de capital extranjero invertido en el país en el sexenio por terminar; desde luego también el de la *extranjerización* de la nación, mayor que cuando la denunciara Luis Cabrera en 1911 al enfrentarse a la dictadura porfiriana.

Aun con los cambios realizados por el gobierno, el esfuerzo y aun el sacrificio de millones de gente sencilla, hay sin duda distintos avances, la larga crisis de la economía no está resuelta. Nunca ha sido más necesario un cambio fundamental de la política y del rumbo de la nación, como parecía alcanzable con las elecciones de agosto. Sin embargo, como un todo, el *sistema* (Estado y gobierno, funcionarios públicos, políticos, “charros”, comunicadores, caciques, latifundistas, financieros, grandes y aun pequeños empresarios) puso en juego todo su poder para cerrar el paso a la oposición que propugna ese cambio, garantizar el continuismo y conservar sus privilegios.

Pero está aún por verse hasta dónde, como en cada sexenio, ante los complejos y graves problemas económicos, políticos y sociales que hereda el nuevo gobierno, la correlación real de fuerzas y la capacidad política de la oposición, dado el pragmatismo del régimen, se conservará la política económica vigente.

Al escribir este comentario no ha concluido plenamente el proceso comicial efectuado el 21 de agosto (hace cuatro semanas). Todavía el Tribunal Federal Electoral, en manos del oficialismo, deberá decidir sobre decenas de miles de casillas y dos tercios de los distritos electorales impugnados por la oposición, principalmente por el Partido de la Revolución Democrática (PRD), que incluso plantea la anulación de las elecciones, y por el Partido de Acción Nacional (PAN). El Colegio Electoral, la nueva Cámara de Diputados dominada aún más por el Partido Revolucionario Institucional (PRI), el partido “de Estado” o “de gobierno”, según los resultados oficiales, deberá calificar la elección del nuevo presidente de la República.

El proceso de calificación pendiente se extenderá todavía un mes más. Pese a las recientes reformas electorales, en México no puede desahogarse en más de dos meses lo que en otros países donde se han efectuado comicios de diciembre de 1993 hasta hoy

toma unos días (no sólo en España, Italia y Suecia sino en Chile, Argentina, Venezuela, Honduras, Costa Rica, Colombia, Panamá... o Sudáfrica). Falta todavía información elemental para analizar el sentido y alcances de los desplazamientos y reacomodos ocurridos entre las distintas fuerzas políticas y sociales. No obstante la magia de la electrónica, cuatro semanas después de la elección ni siquiera se han publicado los resultados por distritos, estados y circunscripciones, ni el Tribunal Federal Electoral se ha pronunciado sobre las impugnaciones presentadas, especialmente graves en una decena de entidades federativas “más rurales” como Chiapas, Oaxaca, Tabasco, Yucatán, Veracruz, Guerrero y Michoacán, o “más urbanas” como Nuevo León, Guanajuato o el Estado de México, con un tercio o más del electorado nacional.

Las fundadas denuncias y reclamaciones son de tal monta que, de ser satisfechas, alterarían el «carro casi completo» que una vez más se atribuye el partido oficial y, por lo tanto, la composición del Congreso y aun, en cierta medida, la calificación de la elección presidencial. Esos fallos parecen orquestados por el oficialismo para octubre, quizá en espera de que se desgaste y baje la marea opositora, la cual, sin declinar movilizaciones que son menores que las de 1988, se reserva principalmente para el momento de esos pronunciamientos.

No ha desaparecido la antidemocracia. Aún no es posible eliminar del diccionario electoral mexicano las palabras “imposición”, “corporativismo”, “charrismo”, “unilateralidad”, “fraude” o “no-alternancia”. Tampoco la lucha por la democracia, que si el 21 de agosto alcanza un hito, no concluye ahí —no puede concluir nunca—, como condición para empezar a poner en práctica una nueva política para atacar a fondo la crisis por el camino de combatir la injusticia social y la enajenación del país.

Por ello siguen presentes la tensión y la incertidumbre, que ni el ocultamiento por la mayoría de los medios de comunicación de las acciones populares de repudio, ni el discurso oficial y de esos mismos medios que minimizan irregularidades y fraudes y dan por concluido el proceso democrático, ni la tradicional euforia de las Fiestas Patrias, logran acallar, aunque sí atemperar.

Una vez más, como en 1988, nos quedaremos sin saber realmente lo ocurrido en estos comicios. Y estas horas, se proteste o no, la mayoría de los ciudadanos no podemos aceptar que, pese

a la nutrida participación electoral y otros avances, por fin alcanzamos, «El-Histórico-21-de-Agosto-de-1994», comicios «democráticos, limpios y transparentes» y con ellos, la satisfacción de la demanda del Sufragio Efectivo planteada desde 1910. Hoy, desde el ángulo de la continuidad del sistema, observa un amigo latinoamericano, la divisa de la clase en el poder podría ser “Sufragio Inefectivo, Reección Innecesaria”.

La correlación, difícil de ponderar

No obstante estas limitaciones, puede ser útil e incluso necesario aproximarse a una mejor comprensión, desde la perspectiva *pluriclassista y plurideológica* que ofrecen las elecciones, de los cambios en la correlación, en distintos planos e instancias y desde el punto de vista de los nuevos alineamientos de clases, capas y grupos de la sociedad, concretamente entre las fuerzas de conservación del sistema y las que la oponen. De lograrlo, tendremos más claridad sobre los cambios posibles.

A menudo se alude al balance o correlación de fuerzas, mas no siempre se le define ni se efectúa un análisis mínimamente riguroso de sus componentes, las bases en que éstos descansan y las implicaciones de su incesante cambio, en particular a la luz de un hecho tan englobador y trascendente como son los comicios nacionales de este 1994 en que, con pocos precedentes (1928, 1940, 1952 y 1988), se ha jugado por la vía electoral la posibilidad de un cambio fundamental en el país.

Según los números oficiales, esta vez la abstención fue menor que nunca e incluso se aprecian signos de elevación de la conciencia política entre vastos sectores del pueblo, aunque no necesariamente con el mismo significado, estimulada por la larga crisis, por la acción decidida y tesonera en pos de un verdadero cambio democrático de viejos y sobre todo de numerosos actores emergentes [partidos como el PRD constituido apenas en 1989, numerosas organizaciones no gubernamentales (ONG) y organismos cívicos y ciudadanos, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), la Convención Nacional Democrática (CND)], y por hechos como la rebelión indígena de Chiapas, el asesinato del primer candidato oficial «destapado» por el Presidente y otros que han sacudido a la nación.

El problema es complejo. No se puede ignorar, por ejemplo, el *plano internacional*. Ciertamente el balance de fuerzas se desplazó en favor del imperialismo con el derrumbe del ex “campo socialista” y en nuestro continente, con la derrota de revoluciones triunfantes como las de Granada y Nicaragua, de procesos como el de El Salvador y el debilitamiento de la Revolución Cubana. Pero si bien la crisis del capitalismo sigue, Estados Unidos ha perdido hegemonía económica y política, y las rivalidades internacionales entre las metrópolis son mayores, ahora hay una Iniciativa para las Américas, un Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y enormes intereses de las transnacionales estadounidenses invertidos en México.

Tampoco es posible soslayar el *plano regional interno*, basta Chiapas para tomarlo en cuenta; pero está también la situación de las fronteras, sobre todo la norte, la de las grandes zonas urbanas y la de la mayoría de las zonas agrícolas. Ni podemos ignorar el *plano sectorial* de la economía, o el del Estado en vías de nuevas reformas, el de la sociedad civil, el de la propia estructura de clases, etcétera.

Puede decirse que el cotejo político entre la capacidad alcanzada en un determinado momento por las fuerzas opositoras del bloque de poder constituido y éste mismo, como resultado de la acción de una y otras constelaciones políticas en dichos planos, es la correlación de fuerzas existente. Por esto aún es necesario hacer un esfuerzo por analizar lo que acontece en las distintas *instancias* de la sociedad (económica, social, política, ideológica, cultural, jurídica e incluso teórica, ésta, ahora una tarea tan urgente ante los cambios ocurridos en el mundo y en nuestra sociedad, como difícil), que se entrelazan entre sí y con el acontecer en los diversos planos.

Aunque en las presentes páginas se procura considerar todo lo anterior, me limito a una reflexión general, quizá un punto de partida para posteriores análisis más circunstanciados y precisos que reclaman el concurso de muchos, con el objetivo de orientar la acción de quienes se esfuerzan por lograr otras condiciones en el país, en las que la defensa de la soberanía de la nación, merma cada vez más por la creciente dependencia estructural, sesgada y cada vez mayor respecto a la economía de Estados Unidos, descansan en la real soberanía de nuestro pueblo.

Los resultados electorales no miden la correlación real

Ni siquiera si las cifras electorales aportadas oficialmente por el Instituto Federal Electoral (IFE) fueran correctas aclararían las bases y el alcance del desplazamiento de la correlación nacional el 21 de agosto; menos aún si desde antes de los comicios los resultados estuvieron condicionados por el régimen, que si bien, ante la presión política y cívica ciudadana y aun por conveniencias internacionales del México incorporado al TLCAN y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), tuvo que conceder reformas en las leyes electorales, conservó sus controles sobre el padrón, los Consejos, el Tribunal, la mayoría de las casillas, los centros de cómputo y el Colegio Electoral, para presionar, manipular y prefigurar los resultados.

La clase dominante empleó todo su poder, dijimos, para, desde antes del 21 de agosto, excluir ciudadanos, comprar o inducir votos mediante presiones y cohecho, mediante la acción corporativa gubernamental y empresarial, el escandaloso uso de los vastos recursos estatales y de los medios de comunicación, el aprovechamiento de la oposición panista y el estimular a partidos "nuevos" como el Partido del Trabajo (PT) y el Partido Verde Ecologista Mexicano (PVEM) y viejos como el Partido Popular Socialista (PPS), el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), el Partido Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN) y el Partido Demócrata Mexicano (PDM), todo en favor del candidato oficial para denigrar, ocultar, tergiversar y aun calumniar a los opositores y en especial a Cuauhtémoc Cárdenas, el candidato del PRD, de otros pequeños partidos y numerosas organizaciones ciudadanas, el verdadero enemigo a vencer.

Al régimen no le bastó todo lo anterior, ni aprovecharse de las debilidades, contradicciones y errores de la oposición, para asegurar el triunfo de su candidato. En las cuatro semanas transcurridas desde los comicios, poco a poco han aflorado no sólo irregularidades y fallas atribuibles —digamos— al subdesarrollo, sino verdaderos fraudes (votos fuera del padrón y eliminación de votantes empadronados, sufragios de gente ya «entintada», más —o menos— boletas que votantes, falta de secrecía al momento de sufragar, etc.).¹ Y sin embargo, habría que reconocer que el régi-

¹ Véase el Informe de Alianza Cívica, Observación 94. *La Calidad de la Jornada Electoral del 21 de Agosto de 1994*, difundido con gran amplitud por la prensa el martes 20 de septiembre.

men —y el sistema todo— ha logrado en gran medida crear en la opinión pública nacional e internacional, sobre todo la estadounidense que lo apoya, la imagen de que las impugnaciones todavía en curso no son válidas ni modifican el triunfo «limpio y transparente» de Zedillo y el PRI.

Pocos esperan que el régimen realice la "limpieza" de las elecciones en (ninguna) forma sustancial. Lo único que es posible afirmar es que, desde el ángulo de la correlación de fuerzas, aun si los resultados oficiales de la elección se llegan a modificar en cierta proporción en el proceso "jurisdiccional" a cargo del Tribunal y del Colegio Electoral, de todos modos presentarán una imagen distorsionada; y que quizá la votación *real* en favor de Zedillo y del PRI puede ser menor, bastante menor, en tanto que la de un opositor como Cárdenas, cuya candidatura y acción poselectoral ha soportado y soporta las más duras cargas del sistema como un todo, sea mayor, bastante mayor.

Más significativo es que según los resultados oficiales proporcionados por el IFE Zedillo obtuvo el 48% de los votos «válidos», pero sólo alcanza alrededor del 38% del electorado y de un tercio de la población de 18 años y más (es decir, de todas maneras, en el más puro estilo de la democracia capitalista, algo más que lo logrado por triunfadores como Clinton en Estados Unidos, Felipe González en España, o Caldera en Venezuela). Por otra parte, no toda la votación del partido oficial, cualquiera que ésta sea, constituye decidida y cabalmente un respaldo a la política salinista, del mismo modo que, pese a las "concertaciones" cupulares con el gobierno, la votación asignada al PAN, partido que no acepta sin impugnación muchos resultados ni que la reciente elección haya sido democrática, es toda conservadora ni en favor del sistema, en tanto que la votación reconocida a Cárdenas es decididamente contraria a la política económica y al sistema político antidemocrático de partido «casi único».

Asimismo cabe señalar que gran parte de la votación priista respondió no sólo al "acarreo" y al fraude, sino tanto a esperanzas o acuerdos con las promesas conservadoras de cambio político y económico del candidato oficial, como a la incompreensión, las dudas o aun el temor a las propuestas de la oposición, principalmente las cardenistas. También puede decirse que el voto panista es fundamentalmente contra el prolongado dominio del PRI y la antidemocracia del sistema, contra el centralismo y el presiden-

cialismo, contra el "charrismo" y la corrupción; incluso, a pesar de conocidas coincidencias del PAN con el salinismo, desde su posición de "economía social de mercado", es contra aspectos importantes de la política económica del régimen.

Todos esos hechos intervienen en la conformación de la nueva correlación nacional política de fuerzas *real*, que por lo dicho no puede medirse por los resultados oficiales del proceso electoral, pero condicionará el arranque del próximo gobierno. Todavía sucederán muchas cosas antes de la instalación de éste el 1o. de diciembre, que aclararán mejor el panorama. Pero desde ahora puede afirmarse que si se esperaba un gran cambio del balance de fuerzas en contra del continuismo, que no se logró, de todas formas estamos frente a una correlación menos desfavorable a los opositores que al principio del proceso electoral y que en 1988.

De esto dan fe las grandes movilizaciones realizadas y los mejores niveles de organización logrados por las fuerzas antioficialistas durante la campaña; las parciales reformas electorales que el régimen *tuvo* que aceptar, tendientes a impedir que el gobierno (y el partido oficial) sea el organizador, escrutador y calificador «casi único» de los comicios y el anuncio de nuevas reformas por el candidato priista; la acción crítica de amplios sectores populares no partidarios de la sociedad civil; la relativa apertura a la oposición, si bien desigual y a menudo tergiversadora, de los medios de comunicación, incluso la radio y la televisión (aunque, como era de esperar, después de los comicios han vuelto a cerrarse a los impugnadores), o los importantes sectores populares que mantienen su disposición de lucha. Tal vez el que el presidente «casi electo» (falta la declaratoria formal del Colegio Electoral) y el PRI no expresen un triunfalismo a ultranza por su victoria, también implique un reconocimiento implícito de que la correlación real no es la que muestran los resultados electorales.

¿Qué podemos esperar?

La sociedad mexicana está urgida de reformas políticas, económicas y sociales, que incluso un gobierno continuista tiene que tomar en cuenta. Mucho depende de la claridad de propósitos, el nivel de organización y la oportunidad y eficacia de las acciones frente a los actos de ese gobierno, de las heterogéneas fuerzas populares

dentro y fuera de los partidos de oposición y del mismo PRI, que, en la nueva correlación nacional, postulan cambios democráticos, justicieros y patrióticos. Recordemos algunos hechos centrales:²

- En el *plano* de las relaciones económicas *internacionales* es indispensable atacar los enormes déficit de la balanza comercial y en cuenta corriente, la revisión del TLCAN a la luz de su primer año de operación y una nueva renegociación de la deuda externa que es aún demasiado gravosa, las consecuencias y prospectiva de la transnacionalización a través de la inversión extranjera directa y "en cartera" (incluso la creciente "extranjización" de la deuda pública interna) y de la competencia externa en el mercado nacional, la incontenible corriente de trabajadores "indocumentados" que emigran a Estados Unidos, el no menos incontenible narcotráfico y el contrabando, la contaminación ambiental causada por los desechos de plantas industriales estadounidenses y por maquiladoras de ese mismo origen, el intercambio desigual en la frontera común con ese país, las violaciones al espacio aéreo y marítimo de México desde el "norte" y las mutuas en el espacio territorial y otros problemas.
- La integración latinoamericana *independiente*, incluyendo a Cuba (un país "herético" que ejerce su soberanía en busca de resolver sus complejos problemas por la vía de la renovación de su socialismo, que ya pertenece a la Comisión Económica para América Latina [CEPAL], el Sistema Económico Latinoamericano [SELA], la Conferencia Iberoamericana y a la Asociación de Estados del Caribe), en un mundo signado por la acción de tres grandes bloques regionales comandados por el capital transnacional de Estados Unidos, Europa y Asia, es para nosotros un objetivo estratégico; el cual, aun cuando México puede jugar un papel verdaderamente activo al lado de otros países, para afrontar los grandes obstáculos como los creados por la propia transnacionalización continental, se mantiene en un plano secundario y en gran medida subordinado al TLCAN y a la estrategia continental de Estados Unidos.

² Estas y otras ideas se plantean con mayor amplitud en distintos trabajos del autor de estas notas, como el más reciente "Sí hay un programa económico contra la crisis", *Memoria*, núm. 69, CEMOS, México, agosto de 1994, pp. 26-31.

- Aun la diplomacia exterior tendría que ser más decidida, para contribuir a debilitar el *bilateralismo* impuesto por las potencias y bloques a los países subdesarrollados, débiles y aislados, y para rescatar el *multilateralismo*, pugnar sobre mejores bases por una distinta y equitativa relación entre el “Norte” y el “Sur”, por la democratización de los organismos y foros internacionales, por una renegociación global de la deuda externa, por la determinación de condiciones menos desfavorables para nosotros a las transnacionales y otros problemas de indudable importancia.

Como se ve, es imposible poner en práctica una política independiente cuyo eje sea la defensa de los intereses históricos de la nación, sin confrontar la estrategia de Estados Unidos y sin afectar no sólo al capital transnacional sino también al *transnacionalizado* mexicano (“los 24” de *Forbes* y miles más con fortunas de “únicamente” —digamos— 10, 50, 100, 500 o 999 millones de dólares y no los 1 000 o más de aquéllos), principales beneficiarios de la política imperante.

En el plano internacional un gobierno continuista proseguirá, naturalmente, las directrices actuales, propicias a la estrategia imperial que busca espacios mayores para sus capitales, su comercio y su influencia política, ideológica y cultural, directrices que desnacionalizan al país, profundizan su dependencia estructural y lo vuelven más vulnerable. La recuperación cíclica de los países desarrollados facilitará estas tendencias.

Sin embargo, la campaña electoral muestra que muchos de los problemas anteriores casi no se plantean —o se plantean en forma aislada y sin una clara visión estratégica—, ni siquiera por los más consecuentes opositores, como cuestiones fundamentales de la nación. Si el 21 de agosto, pienso, no es el fin de la lucha por la democratización y la defensa de la soberanía del país (ni de la historia), *más allá* de esa fecha habrá que dar cuerpo a una política alternativa convincente y viable, convertirla en un programa popular unitario para las fuerzas partidarias, incluso las que apoyan al PRI, y hacer un gran esfuerzo de concientización sobre estos problemas y transformarla en demandas y acción política frente al nuevo gobierno.

En el *plano interno* también es mucho lo que es indispensable considerar. Me limito a mencionar sumariamente unos cuantos

grandes problemas, en su mayor parte indisolublemente entrelazados con los anteriores:

- La debilidad del ahorro nacional y de la inversión de capital productivo, en tanto que gran parte del potencial se dilapida en el consumo suntuario de una minoría dentro y fuera del país, en fugas de capital, especulación financiera y atesoramiento, las tasas de interés reales se mantienen sumamente elevadas, una mayoría empobrecida consume la totalidad de sus magros ingresos sin llegar a satisfacer elementales necesidades, una empresa nacionalizada como *Pemex* entrega al fisco recursos mayores (106 000 millones de dólares en el sexenio salinista)³ que el conjunto de quienes concentran la parte más grande del ingreso nacional y se benefician no sólo de la ahora mayor regresividad tributaria y de las privatizaciones realizadas, sino de diversos contratos con ésta y otras empresas estatales semiprivatizadas.
- El hecho, que no se puede soslayar, de que el desarrollo actual dista de ser el sustentable tan pregonado, y es, al contrario, definitivamente *insustentable* y da lugar a la pérdida constante de recursos forestales, de suelos y agua y de recursos no renovables, al mismo tiempo que la contaminación ambiental se extiende a ámbitos urbanos y rurales cada vez mayores.
- Las realidades de la débil e insuficiente integración de la economía nacional. Es bastante lo que se requiere avanzar hacia la producción de maquinaria, equipo e insumos para las actividades relacionadas con la satisfacción de bienes y servicios básicos para la población mexicana —y latinoamericana— y para hacer efectivas las reales ventajas comparativas del país; para completar y modernizar la infraestructura y lograr su mejor articulación con éstas y otras actividades; reforzar las cadenas de producción y comercialización y ayudar a vencer el rezaño de algunas regiones, entidades y comunidades; fortalecer los servicios sociales, la investigación con objetivos de mediano y largo plazo vinculados a las necesidades mismas de la integración y del aprovechamiento de las efectivas ventajas comparativas

³ Declaración del Director General de *Pemex*, Francisco Rojas, el 20 de septiembre. Cfr. *La Jornada*, 21 de septiembre de 1994.

- nacionales; mejorar la información dirigida a los productores urbanos y rurales, y hacia otras metas indispensables.
- Otro, que resulta dramático e injustificable a los 85 años del inicio de una profunda revolución social en la cual los campesinos ofrendaron los mayores sacrificios, es la no superada crisis agrícola y la situación de millones de productores minifundistas, ejidatarios, comuneros indígenas y peones del campo, al mismo tiempo que florece en las ciudades la llamada economía informal incrementada por el éxodo rural y por el desempleo urbano, situación apenas paliada por el Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol) y el Procampo.
 - La baja organización y productividad y la inadecuada gestión de la mayoría de las microempresas, sociedades pequeñas y aun medianas sustentadas en buena medida en los ahora más bajos salarios (en muchos casos la principal ventaja comparativa para competir en el mercado interno y aun en el exterior).
 - Uno más, la contracción del gasto y de la inversión pública, mientras que se mantiene un coeficiente inadmisiblemente de analfabetismo absoluto y crece el funcional, la escolaridad sigue siendo baja, miserable la vivienda de grandes capas de la población, incompleta y degradada la seguridad social, risibles las pensiones de la mayoría de los jubilados; y los «privatizadores» oficiales y la gran empresa continúan sin atacar agudos problemas económicos y sociales como los antes mencionados.
 - En fin, la enquistada corrupción en el gobierno y muchas empresas privadas, en los tribunales y las policías, entre legisladores y políticos; el entreguismo, el caciquismo, la antidemocracia; el incremento de la inseguridad, de la drogadicción y la descomposición social, y un largo etc. ligado a la dominación y esencial continuidad priista —desde que el partido oficial fue transformado en PRI en 1946— pese a distintos quiebres en cada uno de los sexenios posteriores.

Sin embargo, dada una correlación de fuerzas que en lo fundamental aún favorece al continuismo, el cual dispone de amplísimos medios nacionales e internacionales, experiencia, el apoyo de todas las instituciones del Estado, el poder de la clase dominante y del imperio del norte, para el que México es una «inversión estratégica», e incluso de amplias bases sociales, es claro que las

líneas principales de acción del nuevo gobierno serán las determinadas por los intereses dominantes, que impiden cualquier cambio que ponga en peligro sus intereses no sólo de largo plazo sino aun los más inmediatos, aunque estarán anuentes a los ajustes que aconseje el “gatopardismo” para mantener la *estabilidad esencial* del régimen corrupto y del sistema, engendrados de desigualdades y exclusiones, irracionalidad e injusticia, desnacionalización económica y extranjerización cultural.

Como vimos, empero, esa correlación también abre nuevas oportunidades de acción a quienes no se conforman con el *status quo*. Después del 21 de agosto así lo entiende un mayor número de mexicanos, que saben que *la democracia por conquistar va más allá de lo electoral* y no están dispuestos a quedar entrampados en una perspectiva que entrañe otros seis años de lucha contra la “ilegitimidad anunciada”, sí, más indudablemente dentro de la ley creada interpretada y aplicada por el régimen imperante.

El que esos ajustes y cambios lleguen a ser más profundos en dirección hacia una genuina democracia e integridad soberana de la nación, dependerá de la acción del ahora más amplio espectro de la oposición. Sin embargo, será preciso superar divisiones, avanzar hacia nuevas formas de organización partidaria y no partidaria, estar más cerca del pueblo y más atentos a las necesidades de cada sector y lugar, para acabar de forjar el proyecto de nación que pese al gran avance que significó la campaña electoral, todavía tendrá que ser más convincente para la mayoría.

Los ecos del 21 de agosto nos acompañarán largo tiempo. La memorable fecha no es todavía el parteaguas deseado y la brega por un México democrático, justiciero y soberano continúa. Pero en Chiapas y en todo el país, *más allá* de los senderos electorales y en ellos mismos, se roturan nuevos caminos. . .

Septiembre, a 173 años de nuestra “Independencia”.